

DISCURSO

Pronunciado por el Dr. Leopoldo Escobar, en la Sesión Solemne de Recepción, celebrada en la Academia Nacional de Medicina, el día 26 de enero de 1927.

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina:

Señores Académicos:

Disfruto de una doble emoción, intensa y satisfactoria: la de llegar a este recinto consagrado por las altas mentalidades mexicanas de la ciencia médica, y la de verme honrado con ser el intérprete y representante de los distinguidos compañeros que conmigo vienen en esta ocasión solemne a recibir la honrosísima investidura del grado académico.

Siempre he creído y así lo he expresado en más de una ocasión en público, que es la emoción, especialmente en los hombres de nuestra raza, puerta franca, como de castillo fuerte y blasonado que nos permite entrar en interiores llenos de inesperados tesoros donde pueden hallarse bienes sin cuento para nosotros mismos y para todos los que de nosotros tienen derecho a esperar el bien.

Un escritor de los más castizos de la hora presente, Ricardo León, habla de todo esto en frase atildadísima: «Es bueno quemar el incienso del pensamiento sobre las lumbres del corazón». Y en esa atmósfera de incienso, es decir, del perfume, que simboliza los anhelos más puros, grandes y exquisitos del espíritu humano, quisiera que se desarrollara toda la solemnidad de esta noche, convirtiéndola en quieto remanso de aguas puras y serenas en cuyo fondo se ven o se adivinan los manantiales de agua viva, rodeado de frescas sombras, en donde la quietud es euforia divina que nos embeleso y que nos hiciera exclamar que estaríamos satisfechos si siempre viviéramos así, si siempre nos sintiéramos como en este momento nos sentimos, si siempre viéramos a la verdad tan estrechamente unida a nuestra inteligencia, y al bien tan cercano, tan identificado con nuestro corazón; pero ya que

estos oasis de pensamiento y de sentimiento no son fáciles de encontrar en la vida, ni perdurables, aprovechemos estos dulces instantes, estos bellos momentos, para acumular energías, que si son del pensamiento se llaman verdades y si lo son del sentimiento constituyen virtudes.

Si la Ciencia es para nosotros el estudio objetivo de la realidad, estudiémos esa realidad en nuestra Institución académica; para darnos cuenta de por qué es gloriosa, de por qué es noble, de por qué la estiman todos, de por qué a los que a ella llegamos y los que aspiran a llegar, consideran la investidura académica como el honor supremo en la profesión médica.

Es la Academia Nacional de Medicina la institución más encumbrada, la más vigorosa, diríamos en sentido biológico, de origen universitario; es, como diríamos hoy, la cristalización más perfecta; es la encina más fuerte y mejor enraizada de nuestro medio social.

Surgió a la vida como Minerva, hermosa y perfecta, cuando el Profesor Ehrmann reunía un núcleo de ilustres personalidades médicas; él le dió ese nombre, le precisó rumbos, le trazó senderos y le marcó fines. Pero ese fenómeno que mirado sin profundizar aparece estupendo hasta creerlo milagroso, no fué más que la consideración de las tradicionales energías que representaban, en aquel momento, egregios ilustres varones que a su vez las habían recibido de sus antepasados intelectuales y morales, provenientes de muchas generaciones de médicos, hasta llegar de una a otra a la simiente gigantesca de aquellos titanes, que nuestros padres intelectuales, que formaron la Universidad Real y Pontificia, que significó en beneficio inmenso concedido a la Nueva España por monarca tan ilustre que, en opinión del historiador don Justo Sierra, por poco le da su nombre al siglo más grande de la Historia, uniendo un pontífice a la magnificencia del monarca su valioso concurso, aumentando el acervo y el tesoro de la Institución con gracias y mercedes sin cuento.

Aquel hecho significó, pues, la cuna de toda nuestra vida intelectual, estando en ella representada nuestra profesión por lo que se llama el proto-medicato.

Para el criollo, para el mestizo y para el aborígen, las puertas del ascenso social quedaron abiertas con la institución universitaria. El criollo, más inteligente, más apto para las generalizaciones mentales; el mestizo, ambicioso, indisciplinado, turbulento; el aborígen, paciente, resignado y laborioso, encontraron la escala que permite los ascensos justificados, benéficos para el individuo y para la colectividad; aquellos gobernantes (ya que recibimos los beneficios, justo es que los recordemos con gratitud, haciéndoles justicia) estuvieron inspirados extraordinariamente en su creación. A la luz de ese conjunto de verdades, que el genio de Augusto Comte llamó Sociología, aquella fundación es hoy más grande que hace cuatro siglos. Y es

que aquellos gobernantes de derecho divino, sentían intensamente el ideal, encontrando en él la conciencia de sus deberes y de sus responsabilidades para con sus gobernados.

En lo que hoy llamamos el mundo de lo inconsciente, en esos reductos interiores en donde las lámparas votivas de la reflexión iluminan la senda del Deber, encontrada en el real camino del acierto, por donde aquellos varones ilustres marchaban serenos y tranquilos haciendo bienes y levantando no sólo materialmente sino moralmente esas construcciones seculares, los vientos tempestuosos del espíritu innovador en que hace siglo y medio vive, principalmente, la civilización latina, sólo han agregado otra belleza a tan altas y sólidas instituciones: *las cuarteaduras de la guerra*. Sobre ellas podríamos escribir las frases lapidarias que los portugueses, descubridores del Mar del Sur y gestadores de otras hazañas, no menos memorables, escribieron en una de sus más gloriosas ciudadelas:

*«De mis muros la hoquedad,
las grietas de mis raíces,
son de guerra cicatrices,
no son arrugas de edad».*

Si Williams James le ha llamado a la generalización de su pensar «la filosofía de la experiencia», con mayor derecho nosotros los médicos debemos reivindicar ese derecho para la generalización de nuestro pensar. Observar primero, experimentar después, buscar las relaciones del efecto a su causa, del fenómeno a su origen, ha sido siempre, hoy como ayer, y el ayer son todos los siglos hasta llegar al del anciano de Coss, toda la doctrina médica. Algún pensador de nuestra raza ha dicho que para no perdernos pasando de las fronteras del pensamiento al país del ensueño, del ensueño a la ilusión y de la ilusión a la quimera, debemos vivir firmemente unidos al mundo de las realidades, sentirlas, palparlas, examinarlas, identificarlas, unir unas en armonía, como el músico une en escalas deliciosas los sonidos; disgregar otras mientras no se encuentren sus pares y sus semejantes, y seguir buscando semejanzas, y seguir buscando diferencias, sin tregua y sin descanso, hasta encontrar el hilo áureo o la cadena misteriosa que pueda unir a todos en una explicación suprema, es la labor de la Medicina. Un filósofo de hoy, Henry, lo expresa en esta forma: «Se explica un hecho cuando se refiere a una ley; se explica una ley cuando se refiere a Dios».

El filósofo francés Blas Pascal, dijo en frase axiomática que trabajar en pensar bien es el principio de la moral y trabajar en pensar bien es el esfuerzo y la labor perenne de la ciencia médica; seguir la realidad, observarla, analizarla, reproducirla en su conjunto y en sus detalles, constituye su labor permanente, y el resultado de esta empresa es mantener entre los

que a ella se congregan una inmensa elevación de espíritu, una innegable grandeza intelectual. Ciertamente no siempre el éxito ni la victoria son el fruto sazonado de sus desvelos, pero el error o el fracaso, analizados con sereno criterio, despojándose de esa fuente de errores humanos que se llama amor propio o vanidad, convierte el error de ayer en la verdad de mañana, el fracaso en éxito, el descalabro en victoria, tonificando el espíritu, iluminando la inteligencia y manteniendo la voluntad en perseverante tensión; es la salud intelectual y moral la que caracteriza al Cuerpo Médico y lo distingue de cualquiera otro. El autor de la «Reforma intelectual y moral», obra escrita para cumplir un alto deber de patriotismo e inspirada entre una inmensa catastrofe de guerra extranjera y a las luces trágicas de las crueldades siniestras del fratricidio de una de las más bochornosas luchas del siglo XIX, decía que la conservación de la Civilización es una obra aristocrática, y esta legítima inferencia de Ernesto Renan, que se puede aplicar a la clase médica de todos los tiempos y países, parece escrita, especialmente para la clase médica mexicana, cuya institución cima es nuestra Academia.

Núcleo aristocrático y obra aristocrática fué la de nuestros antepasados intelectuales durante los tres siglos de nuestra próspera, serena y tranquila vida colonial. España reclutaba nuestro proto-medicato entre los hombres más distinguidos del mundo entero. En sus Universidades se formaban muchos, y de los países extranjeros en que tenía influencia o dominio, hacía ir a la Corte y al servicio de sus monarcas, pagándolos espléndidamente, a los médicos más sabios y autorizados, y de la Corte Española pasaban a las Cortes de los virreinos americanos hombres autorizadísimos en el arte de curar, que ejercieron su arte entre nosotros y formaron la primitiva Escuela de Medicina; desinteresados y nobilísimos en su empresa, sus nombres casi se han perdido, pero si nos tomáramos el trabajo de irlos a buscar en archivos y bibliotecas, si algún doctor Cabanés de nuestra estirpe se tomara el trabajo de ir a buscar a los archivos de nuestras viejas familias cartas y documentos, encontraría material copiosísimo para rehacer la Historia de la Medicina en México, y demostraría, para estupefacción de todos, con documentos indiscutibles, que aquella época tildada de oscurantista, no merece tal calificativo y que los monarcas tenidos por más enemigos del espíritu científico, amaron la ciencia y fueron protectores magnánimos de sus hombres: Vesalio fué médico, amigo y protegido de Felipe II. El comercio y la comunicación de los médicos de aquella época, se facilitaban extraordinariamente por el uso del latín; en latín escribían los médicos españoles; en latín escribió el inglés Tomás Sydenhan; en latín escribían los médicos de la Universidad de París y en la misma lengua los italianos y flamencos. Nicolás Tulp, el heroico Alcalde de Amsterdam, inmortalizado

por el pincel de Rembrandt, escribió en la lengua latina sus lecciones de Anatomía, en latín se entendían el mismo Rembrandt y el judío español Spinoza, físico distinguidísimo que talló los lentes que corrigieron la presbicia del inmortal pintor. De aquella comunidad de sabios médicos, unidos intensamente y que se comunicaban al ir de Corte en Corte los secretos de su arte, se formó un núcleo fuerte, nobilísimo, un núcleo aristocrático, y al aumentar por el estudio los recursos de su profesión, hicieron la obra salvadora y civilizada de que hoy somos herederos. Que hubo decadencia, que cometieron errores, es innegable.

Si no fuera abusar de la benevolencia de mi auditorio, con gusto copiaría grandes trozos del ilustre crítico y enciclopedista español, fray Benito Jerónimo Feijóo, quien nos dedica en dos de sus mejores discursos de crítica de nuestra ciencia, páginas tan interesantes, tan llenas de reflexiones vivas, y tan atinadas y sensatas, que no parecen escritas hace dos siglos por un pobre fraile benedictino, sino por uno de los maestros de la hora presente. A qué extremos llegara esa decadencia, nos lo dicen las donosas y regocijadas descripciones del padre Isla, en su maravilloso «Gil Blas» de Santillana, obra monumental que injustificadamente se atribuye por algunos al insigne francés; pero esta decadencia no duró mucho tiempo, siendo la consecuencia necesaria de la general que experimentó todo el mecanismo de la monarquía española. Los Borbones llevaron a España el amor por todo lo francés y el desdén por lo genuinamente nacional; se afrancesaron las leyes, las costumbres, la religión, las artes y la ciencia; el snob, que diríamos hoy fátuo, petulante, absolutista, imponía su criterio falso y jactancioso, hizo vestir a todo lo español la más ignominiosa de las ropas, la del ridículo, y aquella tiranía, ignominiosa y degradante como todas las tiranías, no admitió rebeldes ni insumisos; quizás solo el padre Isla supo, con sutil ironía, levantar su voz de protesta en forma de epígrama:

*“Yo conocí en Madrid una marquesa,
que aprendió a estornudar a la francesa.”*

Los médicos españoles tuvieron que seguir la corriente, perdieron su originalidad, se afrancesaron con merma grande de su autoridad, prestigio, respetabilidad e independencia y fueron importadores y aplicadores de las doctrinas médicas imperantes en las Universidades francesas. De aquellos médicos serviles puede decirse que ni aprendieron lo francés y olvidaron lo español. Afortunadamente al lado del mal estaba la salvación y la salud y el amor a nuestra ciencia de lo real, y la vitalidad y grandeza inquebrantable de la raza en aquel camino de decadencia y sumisión, encontraron el de Damasco de su nuevo resurgimiento.

Un joven español, admirablemente dotado por la naturaleza, a quien

se puede aplicar la frase «alma real en cuerpo hermoso,» sin más patrimonio que sus inmensas dotes intelectuales y artísticas, cincuenta céntimos y una aria de ópera en los labios, llega en los primeros años del siglo pasado, a conquistar París y abrir brecha en aquella ciudadela intelectual, para que por ella penetren, como en plaza tomada, los estudiantes y médicos de las dos Españas. El joven estudiante se llamó Mateo Orfila; su historia, sus triunfos, sus éxitos sociales, médicos y artísticos, son una maravilla; impuso su personalidad. Los Borbones de la restauración lo hicieron su médico; enseñó su ciencia como profesor incomparable, vivió en un ambiente de simpatía y afecto, fundó academias y museos; Francia lo declaró su hijo adoptivo, y la ciudad de París a su muerte, dió su nombre a una de sus calles; la ciencia médica, sin discutirle ese mérito, lo declaró el padre y fundador de la Medicina Legal; a imitación de Orfila, fueron otros de los nuestros a estudiar o a perfeccionarse en las ciencias médicas, ya en la Universidad de París, o ya en las de Lyon o Montpellier; su talento, su dedicación, su amor al estudio les granjearon estimación y amistades entre los médicos franceses. Citaré sólo dos nombres como tributo de admiración y afecto: el de mi venerable maestro el Dr. D. Manuel Carmona y Valle, a quien el profesor Brown Sequard hizo colaborar en sus trabajos de Fisiología experimental y asoció a su firma en la memoria que el sabio francés presentó a la Academia de París y que sirvieron de base a las doctrinas modernas hoy imperantes sobre opoterapia y endocrinología; el otro nombre es el del apostólico sabio incomparable, don Jesús Valenzuela, gloria de la sociedad mexicana, en quien ésta no supo que admirar más, si su ciencia o su bondad. El Dr. Valenzuela, rehizo su carrera y recibió el grado de doctor en la Universidad de Montpellier; una vez sentado el precedente y dado el ejemplo, nuestros médicos más conspicuos, después de terminar sus estudios, y de recibir su título en nuestra Facultad, era de rigor, lo sigue siendo, el ir como a refrendar a Europa, pero sobre todo a París, sentándose en las aulas de los maestros más eminentes, la personalidad que aquí les diera nuestra Escuela. Y a tal grado este hecho es evidente, que son más conocidos y hasta nos son más estimados, triste es decirlo, los profesores de las universidades francesas que los de la nuestra. Con qué interés no fueron nuestros maestros Ramos, Segura, Parra, los hermanos Vértiz, don Ricardo y don Joaquín, Terrés y otros más, a recoger en la Clínica del Hotel-Dieu, las lecciones de Trousseau y de Potain; en la Salpêtrière, las de Charcot, Gilles de la Tourette y Raymond, y en San Luis, las admirables de los dos Fournier; y los defectos y cualidades de algunos de nuestros maestros, ¿no han sido también los defectos y cualidades de los maestros franceses? Quisiera, señores, si el tiempo me lo permitiese, demostrar con ejemplos cada una de mis apreciaciones, demostrar con

apreciaciones, pero mi trabajo se haría demasiado prolijo; básteme uno: León Daudet describe en esta forma la figura del Profesor Peán: «Este, dice, inauguró las sesiones operatorias en que el virtuoso del cuchillo corta tres piernas, dos brazos, desarticula dos hombros, trepana cinco cráneos, quita jugando media docena de úteros con sus anexos y algunos pares de ovarios. Y esto lo hace vistiendo frac, con corbata blanca, salpimentando su trabajo de prestidigitación trágica con dichos y frases incisivas; al terminar aquella tarea, el profesor estaba cubierto de sudor y de sangre y se retiraba satisfecho de haber cumplido su labor terrible de cortar, abrir, resecar, deshuesar, eventrar, Yo corto y Dios lo cura. Y la verdad, termina Daudet, es que no curaba mucho en aquella horrenda carnicería.» ¿Y en ese retrato quizás un mucho exagerado, que parece más bien una agua fuerte de Alberto Durero, o un dibujo macabro de Julio Ruelas, no encuentra vuestra malicia, semejanza con los de nuestros amigos y colegas?

Todo lo dicho y asentado demuestra, señores, la tesis que venimos sosteniendo, de que nuestra clase médica, por la naturaleza misma de su arte y de su ciencia por la necesidad imprescindible de vivir de las realidades, de observaciones y de experiencias, para descubrir verdades reales y positivas, demostrando con hechos que éstos, y no las palabras, son los que forman la ciencia, ha constituido siempre un núcleo fuerte, sano, poderoso, grande y nobilísimo, consagrado al culto del ideal y a la realización del bienestar y salud de nuestros semejantes, y este grupo es lo que se llama y constituye una aristocracia; y su labor es una obra civilizadora. No temblamos ante el vocablo aristocracia que algunos en estos tiempos caóticos y anárquicos hará estremecer de terror, y a otros hará sonreír con desdén e ironía; pero ya que somos hombres a quienes el sentido clínico y la disciplina adquirida entre el peligro, el dolor y la muerte hacen valerosos y esforzados, démonos cuenta de lo que somos, para consolidar y engrandecer nuestros caudales de ciencia y virtud.

La Francia, nuestra amadísima patria intelectual, el día 13 de diciembre del año que acaba de terminar, conmemoró solemnísimamente el primer centenario del gran Laennec; las sociedades científicas, la magistratura y el ejército, fueron en procesión a llevar su ofrenda de respeto, de gratitud, de amor, al médico genial cuyas huellas y enseñanzas seguimos hoy, porque estuvieron dirigidas por el camino de la verdad, y ésta es eterna. Lo proclamaron inmortal, y con razón justificadísima, el profesor Fiessinger propone que se le llame el segundo padre de la Medicina: sus facultades creadoras, su genio sintético, su espíritu de observación incomparable e insuperable, su creencia firme y arraigadísima en el ideal sobrenatural y cristiano, lo hicieron subir a cimas de portentosa altura, desde donde proyectó, con mano firme, claras luces que rompieron el horizonte misterioso y

estrecho que se creía era el confín del mundo de la ciencia, y descubrió inmensos y nuevos continentes, de donde recogemos, y seguiremos recogiendo, frutos ricos y sazonados de observación. Que en ese modelo, señores académicos, nos inspiremos siempre; que su figura sea guía en nuestros intrincados caminos; fortaleza, escudo y sostén en nuestras debilidades; que sus conquistas sean seguros y firmes escalones y peldaños para subir más en esa penosa escala que se llama la vida, y que al terminar la nuestra, con la serenidad y la conciencia tranquilas por el deber cumplido, puedan los que nos amaron y con lágrimas lamenten nuestra ausencia, repetir con emoción sin límites lo que la Iglesia Católica, en amorosa y maternal despedida, dice a sus hijos en el dintel de la Eternidad, y que bajo las bóvedas de Nuestra Señora, y frente al catafalco de Laennec, cantó la voz autorizada del Cardenal Arzobispo de París: «Yo soy la verdad y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá eternamente».